

# LA CIUDAD DE MÉXICO: 200 AÑOS DE LETRAS URBANAS\*

Mexico city: 200 years of urban letters

ELISA DI BIASE

## Resumen

Con un inmenso sino apocalíptico, parece que la Ciudad de México estuviera, como urbe, imposiblemente sustentada en su propia ruina. Se trata de una metrópolis que a lo largo del tiempo ha sido muchas ciudades que se han construido, una y otra vez, sobre las ruinas de la anterior. Sin embargo, si en algún lugar han quedado fijas todas estas ciudades sucesivas que han sido y son la Ciudad de México es en la escritura.

Se pretende realizar un recorrido espacial, temporal y significativo por la Ciudad de México y sus distintas transformaciones a través de los 200 años que han constituido su vida independiente. Las calles son sus textos. Así, son autores como Carlos Monsiváis, Ignacio Manuel Altamirano, José Juan Tablada o el propio Octavio Paz, testigos y participantes de la creación de esta ciudad y de su evolución y distintas significaciones, quienes nos llevan no solamente por la historia de esta urbe siempre inmensa e intrincada, desmesurada y múltiple, sino que nos muestran sus construcciones y reconstrucciones, sus significados, su actualidad, los claroscuros de las relaciones con su pasado precolombino y la tradición hispánica, así como con sus habitantes, que, acordes con la esencia contrastante de la metrópolis, se han pasado los últimos doscientos años oscilando entre temerla y apasionarse de ella.

**Palabras clave:** espacio, Ciudad de México, literatura, bicentenario, semiótica.

## Abstract

Carrying a huge apocalyptic destiny, Mexico City seems to be impossibly founded in its own destruction. This metropolis has been many cities along her history, cities which

---

\* Este texto fue presentado en el apartado "Urbanismo, patrimonio y herencia cultural en las ciudades iberoamericanas", dentro del *Encuentro Bicentenario*.

have been built and rebuilt on top of each other's ruins. Nevertheless, there's one place where all these cities remain: writing.

This paper intends to give a tour around Mexico City's space, time and meanings through the 200 years that constitute its independent life. Its texts will be our streets. This way, authors such as Carlos Monsiváis, Ignacio Manuel Altamirano, José Juan Tablada or Octavio Paz, both witnesses and participants of the city's creation and evolution as a meaningful image, will take us not only through the history of this huge, intricate, excessive and multiple city, but also into its constructions and reconstructions, its meaning, the ups and downs in its relationship with its prehispanic past, the Spanish tradition and its inhabitants, who, harmonious with the contrasting essence of their metropolis, oscillate between fearing or loving it.

**Key words:** space, Mexico City, literature, bicentenary, semiotics.

Roland Barthes reclama para la ciudad la posibilidad de una semiótica y señala, muy acertadamente que "El espacio en general (y no el espacio urbano solamente) ha sido siempre significativo". Es imposible que el hombre se desenvuelva sin dar significado a su entorno, al crearlo o a posteriori, y, por lo tanto, incluso la más posmoderna de las metrópolis está impregnada de sentido.

El propio Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París* propone a dicha ciudad francesa como un texto. Jacques Derrida y Kevin Lynch han hecho el intento de encontrar las unidades semánticas significativas en el urbanismo y los urbanistas frecuentemente observan un conflicto entre significación y funcionalidad. Si admitimos a la ciudad como texto, el habitante o quien la visita es tanto un escritor, construyéndola con sus experiencias, como un receptor, decodificador de sus sentidos. En palabras de Barthes, quien se mueve por la urbe "es una especie de lector que según sus obligaciones y sus desplazamientos, aísla fragmentos del enunciado para actualizarlos secretamente" (Barthes 1995:257) Como en la poesía, en la urbe los significados no son unívocos y definitivos, sino móviles y vivos y están siempre en diálogo unos con otros. Además, en el caso de la ciudad, que es un ser que evoluciona, cambia y respira, los nuevos significados se crean constantemente. La ciudad, como texto, queda plasmada en otros textos. Los ojos que la leen, los cuerpos que la viven, han dejado testimonios, de crónica o ficción sobre sus fondos. Y estos textos

–literarios, cinematográficos, etc.- a su vez van creando las urbes, alimentando la espiral de su significar. Es por eso que me parece iluminador revisar el recorrido de la Ciudad de México a través de los textos en los que ha vivido, que la han reflejado y de los que se ha alimentado en estos doscientos años de su transcurrir independiente.

La Ciudad de México es inabarcable. Ya cualquier ciudad, representa un reto inmenso para un observador que quiera aprehenderla, pero más aún esta megalópolis de las mil caras, que es todas las capas de piedra y agua y sangre y sucesos que la han edificado y que sobreviven en ella tan insistentemente, brotando en la calle, en las casas, en la superficie de las pieles, en las miradas, en los mercados, en la suciedad de las esquinas y que, en ocasiones, forman una armonía colorida y, en otras, son fantasmas vivos de un viejo resentimiento sin nombre.

Siempre que alguien va a llegar a la Ciudad de México en avión, le recomiendo que lo haga de noche. La aparición nocturna del D.F. desde la altura es una de esas cosas que tienen que verse alguna vez en la vida. La extensión de luces no tiene fin y hay algo en ella que es inmenso y profundo, aterrador y cálido, imposible y hermoso. Gonzalo Celorio dice en *Ciudad de Papel*: “De noche el panorama cambia. La ciudad parecería recuperar su antigua condición lacustre: el descomunal Valle de México se vuelve un lago de luces palpitantes. No sé por qué las luces tiemblan permanentemente, como si respiraran, como si se movieran, como si fueran pequeñas embarcaciones en medio de una gigantesca laguna” (Celorio, 2004:40) . Y el avión parece sumergirse en esa antigua laguna y algo le comunica al recién llegado el temblor de anegarse en un alto valle de pasado lacustre y con fondos volcánicos que todavía hierven y crepitan.

Huitzilopochtli, dios de la guerra, ordenó la construcción de una urbe a los aztecas ahí donde encontrarán su advocación como águila parada sobre un nopal devorando una serpiente y eligió justamente el islote central de la laguna para materializarse. Hoy en día, la Ciudad de México tiene tres santos patronos que también explican muy bien su personalidad: La Virgen de Guadalupe, símbolo por excelencia del mestizaje; máscara católica de Tonanzin, la madre de todos los dioses; San Judas Tadeo, patrón de las causas perdidas o imposibles, alojado en el antiguo templo de San Hipólito, y la Santa Muerte, híbrido que conjuga elementos prehispánicos, grecolatinos y católicos en un culto extra oficial muy sui generis que otorga poder sobre la vida y la muerte, el amor y el dinero y cuyo

templo principal se halla en el conocido y por muchos- incluida aquí la policía- temido barrio de Tepito.

Para los días de la Independencia, el Valle de México había ya alojado a dos ciudades distintas, enfrentadas, pero construidas con exactamente las mismas piedras y entrelazadas en su esencia: México-Tenochtitlan y la ciudad colonial. Los españoles, a su llegada, se habían topado con el prodigio de una ciudad anfibia, construida sobre la laguna y sus riberas, cuya belleza e improbabilidad los tentaron a compararla con Utopía. Ya en ese entonces, Tenochtitlan era la conjunción de 40 pueblos y ya en ese momento tenía los cimientos bañados de sangre. En medio de la laguna, la ciudad había sido construida por los aztecas, un pueblo originalmente marginado y obligado a permanecer en la parte más agreste del valle, alimentándose de animales ponzoñosos. La grandeza de la ciudad que construyeron en medio del lago fue la de su venganza, lo inaudito de su construcción la prueba de su capacidad de supervivencia y el símbolo de su dominio sobre quienes primero los habían subyugado. Los mismos Anales de Tlatelolco, crónica indígena, dicen que si los mexicas pudieron sostenerse fue mediante la guerra y el desprecio de la muerte. ¿Cómo iba a ser si no una ciudad erigida bajo el auspicio del dios guerrero?

Y es que parece que la Ciudad de México tuviera un sino apocalíptico, que, como urbe, estuviera imposiblemente sustentada en su propia ruina. “Esa visión maravillosa de los primeros españoles llegados a estas tierras fue cegada por los españoles mismos. A partir de que Hernán Cortés puso sitio y destruyó la Gran Tenochtitlan, la Ciudad de México hizo suyo, sin saberlo, el mito de la Coyolxauhtli [la luna], quien fue precipitada desde la cúspide del templo por su hermano Huitzilopochtli, el joven guerrero, el que obra de arriba, y yace desmembrada, rota, al pie de las alfardas del teocalli. No deja de ser aterradoramente significativo que el gigantesco monolito del Templo Mayor que sobrevivió a la devastación de las huestes cortesianas sea, paradójicamente, la imagen misma de la destrucción, como si nuestra única permanencia fuera la de nuestro constante aniquilamiento.” (Celorio 2004:40)

Acostumbrados a los embates de la naturaleza: temblores, inundaciones, volcanes, hundimientos, nosotros mismos hemos destruido sucesivamente la ciudad hasta el punto en que su historia puede ser contada a través de sus desapariciones y superposiciones: la ciudad colonial sobre la prehispánica, la de la República Independiente sobre la virrei-

nal, la posrevolucionaria sobre la afrancesada del siglo XIX. La historia de la Ciudad de México se lee en sus vivos fragmentos que pelean por un lugar, que riñen y se desplazan.

La Ciudad de México virreinal siguió siendo señora de todas las provincias de las que fue señor el Imperio Azteca y aún más, se convirtió en capital del Virreinato de la Nueva España, que incluía, además de México, una gran parte de lo que ahora es Estados Unidos y Centro América. Fue construida por los indígenas, pero para enmarcar con su grandeza el dominio español. Era un paisaje castellanizado, pero con fondos distintos. La Iglesia Mayor descansaba sobre el basamento del Templo Mayor, el Palacio de Moctezuma había transformado sus materiales en lo que hoy es el Palacio Nacional y el Calendario Azteca o Piedra del Sol, junto con la escultura de la Coatlicue, presidieron por algún tiempo la Plaza del Zócalo. Los edificios eran, muchos, de corte medieval, pues respondían a la memoria que los españoles tenían de sus ciudades, pero estaban hechos con tezontle, la piedra roja de los edificios tenochcas, y cantera. El corte urbano, sin embargo, era renacentista y se conservó perfectamente reticular, como también lo era la ciudad prehispánica, hasta el siglo XX. Durante mucho tiempo conservó sus calles de agua y sus acequias, aunque estas fueron menguando y secándose poco a poco. Ya Bernardo de Balbuena, uno de sus más entusiastas cantores, nos habla de esta cualidad de la Ciudad de México de recrearse en la propia destrucción, estos dos versos podrían ser nuestro lema: “Toda ella en llamas de belleza se arde/ y se va, como fénix, renovando.”

Los cantos de los poetas son hiperbólicos, pero se corresponden con una ciudad de suyo hiperbólica que muy pronto empieza a ser transformada y enriquecida por el arte barroco, cuya identidad asumirá para siempre en su magnificencia y su miseria, en sus violentos claroscuros, en su absoluta polifonía. El barroco marcó a nuestra ciudad con características que conservaría de por vida: mixturas, excesos, veleidades, exuberancia, artificio, contraste, tensión dramática, dinamismo, exageración, sensualidad, distorsión...

El neoclásico –cuya existencia en esta ciudad Octavio Paz negó rotundamente en el mismo Colegio de San Ildefonso, sede del pensamiento jesuita- luchó contra esta oscuridad y este abigarramiento. O lo intentó. Los virreyes de Bucarelli y de Revillagigedo “civilizaron” en esta época la ciudad que en su carácter barroco escondía la mugre, el desorden y la indigencia detrás de los arcos triunfales y los inmensos retablos. Y pronto, Charles de Trobe le dio a nuestra ciudad el nombre de “Ciudad de los palacios”, y el alemán

Alexander von Humboldt dijo que debía contarse sin duda alguna entre las más hermosas ciudades que los europeos hubieran fundado.

Así es que ya éramos europeos cuando se nos cruzó la Independencia y abjuró de todo eso. La ciudad independiente consideró al virreinato como un periodo oscurantista y puso los ojos en la cultura prehispánica a la que le confirió jerarquía de clasicismo, como el Renacimiento se desentendió de la Edad Media. Y la ciudad se pobló de edificios republicanos y de cafés donde se discutía el futuro nacional.

Nuestro siglo XIX hierve de proyectos, de consignas. Los intelectuales toman parte activa en la vida nacional. Clásicos se proclaman los conservadores y románticos los liberales. La literatura fue la herramienta más utilizada por los escritores para buscar una identidad y reconstruir una nación que, a pesar de los problemas políticos y gubernamentales, renacía de las ruinas; el deseo de articularla y de convertirla en unidad, dio origen a academias y cafés literarios donde se hablaba lo mismo de arte que de política. Así, el romanticismo mexicano se distinguió por amalgamar el periodismo, la política, el positivismo y el liberalismo, y tuvo muchos méritos vitales y también algunos artísticos y literarios.

Ignacio Rodríguez Galván escribe el poema que quizá representa la cúspide de nuestro romanticismo, "Profecía de Guatimoc", en el cual un personaje se interna por la noche en el bosque de Chapultepec, en plena Ciudad de México y sostiene un diálogo lúgubre sobre su destino personal, la esencia nacional y el futuro de México con el fantasma torturado de Cuauhtémoc (Guatimoc), sucesor de Moctezuma al que Cortés quemó los pies para que confesara el paradero de un supuesto tesoro. En este poema nos topamos a la ciudad en penumbras y, por primera vez, con aquellos nubarrones tremendos y negros tan característicos de su verano y con una imaginería de lobos y corderos imposible en el Chapultepec de nuestros días, en el que a lo más hay algún perro perdido y patos gordos de comer las galletas que les tiran los paseantes.

Así, sombríos, melancólicos y ebrios románticos de la razón y de la identidad nacional, nuestros pensadores fueron enceguecidos por tanta luz. En el transcurso del siglo XIX, en una constante lucha entre liberales y conservadores, republicanos y fieles de la Iglesia, la balanza se inclinó violentamente y, de pronto, la ciudad y el país despertaron más jacobinos que los mismos franceses y la separación de la Iglesia y el Estado se realizó de una manera violentísima. Con *La Reforma*, la ciudad se ve en el tremendo dilema

de conservar su pasado arquitectónico o de derribarlo en su camino hacia el futuro. No podían conservarse los conventos y permitir que fueran reocupados por sus monacales habitantes expulsados con tantas penurias. Muchas edificaciones religiosas fueron destruidas o convertidas en almacenes y establos. Bajo la premisa formulada por el propio escritor Guillermo Prieto de “Donde antes se rezaba, ahora se piensa.”, algunas de ellas fueron readaptadas.

La historia del primer siglo de vida independiente de la Ciudad de México, como la de todo el país, es, en gran medida, la de las tensiones entre la tradición y el progreso, entre los conservadores y los liberales, en una dialéctica no eximida de contradicciones; y, así como un día Robespierre le quedaba chico a esta ciudad laica y revolucionara; al día siguiente, amaneció siendo sede de un imperio y, curiosamente, en manos de un emperador austríaco -introducido por el ala conservadora con la ayuda de la intervención francesa- que resultó tener tendencias más liberales que el presidente de la república al que sustituyó y cuya posición desafortunada y la profunda desilusión que ocasionó en los conservadores mexicanos -que querían un monarca como los de antaño- le costaron a su esposa la cordura y a él la vida en manos del ejército republicano. Fernando del Paso pone en la pluma de Carlota, nuestra hermosa y maltratada emperatriz, un discurso desesperado que da cuenta del engaño y de la ambivalencia de la situación en la que se encontraron. En un delirio en el que habla con su marido muerto, el personaje de la novela *Noticias del Imperio* dice:

“Te hablo de lo que descubrí un día, todo, Max, el cielo, el aire y el viento [...] todo estaba impregnado con la misma ponzoña que acabó contigo y con tus sueños y con mi razón y tu vida [...] y con todo lo hermoso y lo grande que queríamos para México: la mentira” (Del Paso 1987: 413-414).

Y la emperatriz de Fernando del Paso no solamente se quejaba de la mentira que los acogió, sino de su residencia, el castillo de Chapultepec, y de la incompatibilidad del México que encontraba con su realeza europea:

“[...] tonto de ti, tontino Max, pensaste que con llevar a México gobelinos, pianos de ébano con incrustaciones de oro y vajillas de Limoges, sólo con eso ibas a hacer una residencia imperial de ese horrible edificio, esa caserna a la que llamaban palacio los mexicanos” (Del Paso 1987:111).

De estos años en los que fuimos un imperio data la primera calle que rompe con la perfecta armonía reticular de la ciudad, El Paseo Imperial, o, como fue republicanamente rebautizado (por el dictador Porfirio Díaz), el Paseo de la Reforma. Es una calle ancha y majestuosa que conecta el centro de la ciudad con Chapultepec, área de bosques y recreo desde la época prehispánica, y más concretamente, con aquél castillo de Chapultepec del que se queja el personaje de del Paso, al Maximiliano de Habsburgo eligió como su morada, remodeló, reddecoró y dio protagonismo en la ciudad mediante la construcción de la calle que lo comunicaba con el centro, que lo hacía eje del paisaje cuando se circulaba por ella y en la cual podía siempre lucir su rica carroza y su cortejo.

Restaurada la República tras el imperio de Maximiliano, la Ciudad se encamina hacia la ciencia y el progreso. “Es la ciudad de Vicente Riva Palacio, que abre los archivos de la Inquisición para dar cuenta en sus novelas del oscurantismo virreinal, la de Guillermo Prieto, cuya Musa Callejera se regocija con la partida de los franceses, de José Tomás de Cuéllar que describe las costumbres urbanas con ejemplar agudeza crítica.” (Celorio 2004:53) Es la ciudad del telégrafo y el daguerrotipo, la ciudad que quiere salir de su oscuridad de siglos, a la que grita Ignacio Manuel Altamirano:

“Ilumínate más, ciudad maldita,  
Ilumina tus puertas y ventanas;  
Ilumínate más, luz necesita  
El partido sin luz de las sotanas”

Y en el colmo de nuestro republicanismo, de nuestra ferviente democracia, a la voz de “Sufragio efectivo, no reelección”, sube Don Porfirio Díaz al poder, donde se quedaría 30 años y, si por él hubiera sido, mucho más, y todo se pinta de azul y todo viene de Francia para la Ciudad de México. El amor del dictador por el país europeo se desborda por la ciudad. El mármol en los edificios comienza a sustituir a la chiluca, la piedra volcánica que había dado su grave carácter al neoclásico mexicano, y al tezontle de la ciudad colonial. Somos modernistas y nos vamos poblando de airosos palacios que albergan las artes, las leyes y las comunicaciones. Don Porfirio sumó a la geografía urbana las colonias Juárez y Roma con su singular aristocracia art-nouveau y erigió monumentos que, de acuerdo con Gonzalo Celorio, eran “nacionales por su advocación y franceses por su estilo”.



Pasamos de la llanura insurgente a la delicadeza y el refinamiento absolutos. Si había pobreza -y la había- se tenía que esconder debajo del tapete, pues era de mal gusto mostrarla. Ésta es la ciudad exquisita de Manuel Gutiérrez Nájera cuando nos describe a:

“La Duquesa del duque Job”:

“No es la condesa de Villasana /caricatura, ni la poblana/de enagua roja, que Prieto amó; / no es la criadita de pies nudosos, /ni la que sueña con los gomosos /y con los gallos de Micoló.

No tiene alhajas mi duquesita, /pero es tan guapa y es tan bonita, /y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt*; /de tal manera trasciende a Francia /que no la igualan en elegancia / ni las clientes de Hélène Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa /hasta la esquina del Jockey Club, /no hay española, yanqui o francesa, /ni más bonita, ni más traviesa /que la duquesa del duque Job”.

La misma ciudad pasa de ser la muchacha de enagua roja que Prieto (nuestro romántico) amó, a la sofisticada afrancesada que de día es luminosa y elegante y de noche se rinde a las más turbulentas pasiones, “ojerosa y pintada”, como la describiría López Velarde. Los escritores son viva imagen de este doblez. Modernistas y decadentistas se consagran a la belleza y al refinamiento absolutos, se olvidan del mundo colectivo y abrazan la estética francesa simbolista, así como su modo de vida plagado de excesos y excentricidades, sobre todo en la vida nocturna.

La llegada de la Revolución sorprende a una ciudad replegada en su refinamiento, a unos escritores que vivían baudelarianamente ensimismados y obsesionados con la belleza y el arte en abstracto; acabó con la ciudad del porfiriato, como ésta había acabado con la de tradición hispana. La Ciudad de México cambia absolutamente entre 1910 y 1930. Los propios intelectuales estaban divididos, nuevamente, en dos claros bandos: aquellos que pujaban por el cambio y los que deseaban la inmovilidad. Hay escritores valiosísimos que apoyan la dictadura por miedo a los bárbaros revolucionarios, como Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa o José Juan Tablada. Una imagen es particularmente elocuente: al llegar a la capital, en el año de 1914, las tropas zapatistas asolaron el jardín-japonés que como un *haikú* ecológico había cultivado José Juan Tablada en su casa de Coyoacán. Estremece el relato del propio escritor, horas antes de que ocurriese:

“Desde el estudio, entre los libros amados y las obras de arte paulatinamente coleccionadas, por cuyas ventanas entra el aroma de floripondios y madre selvas, mίrase el lindo jardίn florido, en cuyo centro, sobre el lago rodeado de sauces, levántase el pabellón japonés, y en cuyas frondas refúgianse las aves perseguidas en el contorno... Mas, volviendo el rostro hacia la direcci3n opuesta, no bien caía la tarde cuando sobre la sombría masa del Ajusco comenzaban a brillar insólitas luminarias... Eran las fogatas zapatistas; era la Revoluci3n que plantaba sus primeros gérmenes de fuego, eran las chispas iniciales de la Gran Conflagraci3n”<sup>1</sup>.

De acuerdo con Carlos Moniváis, en 1913, Querido Moheno, un abogado promi- nente, profetizaría en la cámara de diputados, a propósito de las huestes de Emiliano Zapata: “Son la aparici3n del subsuelo”.<sup>2</sup> Y si existe un testimonio maravilloso de cómo percibieron los escritores a los revolucionarios, un relato del asombro urbano ante el montañez guerrillero, es, sin lugar a dudas, el de Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente* (1928). En el capítulo “Los zapatistas en Palacio”, Guzmán, memorablemente, despliega los contrastes: Eufemio Zapata, el hermano de Emilio Zapata, tosco y salvaje, en el edificio emblemático del poder, el Palacio Nacional:

“Cerca, un grupo de zapatistas nos observaba desde el cuerpo de guardia; otros nos veían por entre los pilares. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde?, ¿era recelosa? Su traza más bien despertó en mí un extraño sentimiento de curiosidad, debido en mucho a la escenificaci3n de que formaban parte. Porque aquel enorme palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi, y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo incomprensible.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de Honor. Cual portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantal3n ajustado de ancha ceja en las dos costuras exteriores, con su blusa de dril anudada debajo del vientre y con su desmesurado sombrero ancho, parecía simbolizar, conforme ascendía de escal3n en escal3n, los históricos días que estábamos viviendo: los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido

<sup>1</sup> José Juan Tablada. Diario (1900-1944). Guillermo Sheridan (Ed.). México: UNAM, 1992. p.75

<sup>2</sup> Carlos Monsiváis. “Pasiones urbanas a la orden. (La ciudad de México y la cultura 1900-1950)”. En *Andes*. Versi3n on-line. [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902006000100011&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902006000100011&script=sci_arttext). (3 de enero 2011).

por aquellos escalones sin desentonar: con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre la alfombra y el zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él, se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que para él sobraba cuanto ahora lo rodeaba”<sup>3</sup>.

Alfonso Reyes, que ha salido del país, y Pedro Henríquez Ureña mantienen correspondencia durante el tiempo de la Revolución. En una de sus cartas el maestro le dice al alumno:

“México ha dejado de existir. Allí no hay gobierno, ni propiedad privada, ni existencia individual jurídica, ni tribunales, ni registro civil. Se han destruido millones en valor de inmuebles en sólo la capital.[...] ¿Volverá a haber civilización en México?”

Y sí que costó reconstruir la civilización. Para unificar a un país en el que se habían muerto entre un millón y un millón y medio de habitantes dándose los unos a los otros, como decimos en México, hasta con la cubeta, fue necesario recurrir a todo el sentimiento de nacionalismo que estuviera disponible. El país se reunificó bajo el dibujo de una identidad y de un proyecto común. La conciencia social dejó de ser de mal gusto, como en los tiempos porfiristas, para ser el tema central.

La modernidad se instala en la Ciudad de México. La gran urbe se prefigura. La vanguardia artística, la vanguardia literaria y su electricidad reinan. Cuenta Carlos Monsiváis que aparecieron simultáneamente un arte nacionalista, una cultura popular de gran inventiva y un afán intelectual y artístico que intenta emparejarse, con fortuna, con las realidades y los símbolos provenientes de la lucha armada. Comienzan a surgir y a volver del exilio los intelectuales, se van rehaciendo los centros de enseñanza superior y los ateneos y se vuelve hora de atender las libertades antes ni siquiera percibidas. A este perio-

---

<sup>3</sup> Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Col. Ideas, letras y vidas. México: Cía. General de Ediciones, 1967. p. 384.

do se le conoce como “Renacimiento Mexicano”. El muralismo, con el impulso y el gigantesco talento de Diego Rivera a la cabeza fomenta un clima liberal que impregna la ciudad entera. Como bien señala Gonzalo Celorio, la historia fue plasmada en los muros de los edificios públicos, muchos de los cuales habían, en primera instancia, sido religiosos y sobrevivido a la Reforma. La ciudad se llenó de rascacielos, revisó la vocación de sus mansiones decimonónicas que cayeron de su aristocracia para convivir con las construcciones de los mortales y su barriada, se sustituyó la tradición francesa por la modernidad americana de la que anticipadamente se quejaba el poeta López Velarde diciendo que “Plateros fue una calle, luego una *rue* y hoy es una *street*.”

En 1954 ocurre un cambio radical y la Universidad Nacional Autónoma de México se desplaza hacia el sur de la ciudad. Al tiempo que el centro pierde mucha de su vida y comienza a desangrarse hacia las periferias, se termina de gestar un nuevo concepto de universitario, independiente de las instituciones gubernamentales, por sobre todo autónomo y socialmente consciente. Gran parte de la ciudad es socialmente consciente y está politizada. José Revueltas es uno de los autores que mejor refleja a esta sociedad despierta. Así, por ejemplo, escritor comunista, lector desesperado de Dostoievsky, en ***Los días terrenales*** (1949) evoca la militancia radical y se da tiempo para exaltar a la gran ciudad, resaltando una de sus cualidades más tangibles: la ubicuidad en el tiempo, la historia viva que suele filtrarse a la superficie por todas las grietas. Dos militantes, en medio de la ronda de pleitos y expulsiones del Partido Comunista, se asoman al paisaje:

“[...] así, en la misma forma, en esta madrugada sin estrellas, dentro de la solitaria y profunda oscuridad, Bautista y Rosendo percibían la orquestación de una ciudad inédita, desconocida, el resumen de cuyas distancias, al aproximar una con otra las más separadas partes de su cuerpo, parecía darles el contorno no ya de la ciudad moderna y cosmopolita, sino el de un México primitivo, ignorado y profundo, tal vez la Tenochtitlan prehispánica, posfigurada y vuelta a nacer en el oído casi en virtud de cierta metempsicosis hacia atrás, hacia siglos lejanos

Se sentaron al pie del talud de La Curva, el sitio donde la vía del Ferrocarril de Cintura se quiebra, al límite de la ciudad, para entroncar más adelante, en el Canal de Peralvillo.

Había sido asombroso el escuchar, a tal distancia, las campanadas del reloj, pues se trataba del reloj de la Penitenciaría, al extremo este. “Ésta es mi ciudad”, se dijo Bautista con emoción. Había un sentimiento amoroso y asombrado, pues la geografía nocturna de la ciudad de México trastoca, subvierte los puntos cardinales, y al mezclar el pan y el vino del

tiempo y el espacio se transustancia en una unidad extraña que hace posible la convivencia de sucesos ocurridos hace cuatro siglos con cosas existentes hoy; piedras que ya existían en el año de Ce Acatl con campanas y fábricas y estaciones y ferrocarriles”.

Este momento de modernidad representa un instante de tensión, en el que la Ciudad de México alcanza su máxima expansión como urbe todavía cohesionada, con un centro. En los años siguientes comenzarán a vivirse el desbordamiento y la fragmentación y se consolidará la imagen apocalíptica de la metrópolis que predomina en nuestros días. Uno de los principales sucesos que denuncia este fenómeno y a la vez lo promueve es la descentración, que conlleva la pérdida de la forma y de toda dirección.

Hacia la infinitud, la indeterminación y la sobreabundancia se despeña cada vez más la Ciudad de México. *La región más transparente* de Carlos Fuentes es la primera novela que trata a esta urbe como protagonista y, quizá, la última que logra abarcar su inmensa polifonía:

“Ven, déjate caer conmigo en la cicatriz lunar de nuestra ciudad, ciudad puñado de alcantarillas, ciudad cristal de vahos y escarcha mineral, ciudad presencia de todos nuestros olvidos, ciudad de acantilados carnívoros, ciudad dolor inmóvil, ciudad de la brevedad inmensa, ciudad del sol detenido, ciudad de calcinaciones largas, ciudad a fuego lento, ciudad con el agua al cuello, ciudad del letargo pícaro, ciudad de los nervios negros, ciudad de los tres ombligos, ciudad de la risa gualda, ciudad del hedor torcido, ciudad rígida entre el aire y los gusanos, ciudad vieja en las luces, vieja ciudad en su cuna de aves agoreras, ciudad nueva junto al polvo esculpido, ciudad a la vera del cielo gigante, ciudad de barnices oscuros y pedrerías, ciudad bajo el lodo esplendente, ciudad de víscera y cuerdas, ciudad de la derrota violada (la que no pudimos amamantar a la luz, la derrota secreta), ciudad del tanguis sumiso, carne de tinaja, ciudad reflexión de la furia, ciudad del fracaso ansiado, ciudad en tempestad de cúpulas, ciudad abrevadero de las fauces rígidas del hermano empapado de sed y costras, ciudad tejida en la amnesia, resurrección de infancias, encarnación de pluma, ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera, hundida ciudad. Tuna incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas, Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire”(Fuentes 1969:460).

Hoy en día, la Ciudad de México posmoderna ejerce sobre los autores una nueva fascinación. Se ha erigido como la ciudad monstruo por excelencia, la ciudad en la que se

puede naufragar, la Gorgona con sus miles de serpientes fascinantes. Es lo que quedó después del Apocalipsis. Los habitantes del D.F. son los supervivientes cotidianos, orgullosos de su resistencia y a la vez enamorados de una ciudad con cuya complejidad, riqueza y bruscos contrastes se identifican. Algunos de los autores que más están contribuyendo a cultivar esta visión son los narradores y cronistas Fabrizio Mejía Madrid y Juan Villoro y el poeta Alejandro Tarrab, por citar algunos ejemplos.

### **Bibliografía**

- BALBUENA, Bernardo de. "Grandeza Mexicana". En *Biblioteca Virtual Universal*. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/649.pdf> [3 de enero de 2011].
- BARTHES, Roland. "Semiología y urbanismo" en *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1995.
- CELORIO, Gonzalo. "México: ciudad de papel". En *México D.F.: lecturas para paseantes*. Rubén Gallo (Comp.). Madrid: Turner publicaciones, 2004.
- FUENTES, Carlos. *La región más transparente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- GUZMÁN, Martín Luis. *El águila y la serpiente*. Col. Ideas, letras y vidas. México: Cía. General de Ediciones, 1967.
- MAPLES ARCE, Manuel. "Prisma" en *Andamios interiores. Poemas radiográficos*. México: Editorial Cultura, 1922.
- MONSIVÁIS, Carlos. "Pasiones urbanas a la orden. (La ciudad de México y la cultura 1900-1950)". En *Andes*. Versión on-line accesible en el enlace: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902006000100011&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902006000100011&script=sci_arttext) [3 de enero 2011].
- PASO, Fernando del. *Noticias del Imperio*. México: Mondadori, 1987.
- TABLADA, José Juan. *Diario (1900-1944)*. Guillermo Sheridan (Ed.). México: UNAM, 1992.